

Fulgores y tinieblas: imaginarios de la revolución en América Latina

Light and darkness: revolution's imaginaries in Latin America

MARÍA DEL PILAR RÍOS

(Argentina)

Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos (UNT)
Instituto de Investigaciones sobre el Lenguaje y la Cultura (CONICET)
mpilirios@hotmail.com

Fue el mejor de los tiempos, fue el peor de los tiempos;
fue tiempo de sabiduría, fue tiempo de locura;
fue una época de fe, fue una época de incredulidad;
fue una temporada de fulgor, fue una temporada de tinieblas;
fue la primavera de la esperanza, fue el invierno de la desesperación

Historia de dos ciudades – Charles Dickens

Las palabras de Dickens son las que Sergio Ramírez cita en *Adiós muchachos*, sus memorias sobre la Revolución Sandinista y reproduce en “Viaje de ida y vuelta”, texto que para nuestro deleite abre este segundo número de *Telar* dedicado a la problemática relación entre revolución y cultura en América Latina. El mejor y el peor de los tiempos, el de la sabiduría y el de la locura, el de la esperanza y la desesperación son representaciones que hablan de tensiones irresueltas y atraviesan las múltiples lecturas sobre el ciclo de las revoluciones latinoamericanas en el siglo XX.

Además dan cuenta de dos momentos: el de la épica y la utopía y el del recuerdo y el desencanto. El fenómeno ha sido particularmente fecundo en la América Latina del siglo XX: una constelación geográfica que nos enfrenta con el mismo aconteci-

miento, pero que adquiere características particulares en cada uno de los países. Hay que distinguir entre aquellas que han triunfado, en el sentido de haber tomado el poder por las armas y las “fallidas” o frustradas. Esta distinción nos ubica en dos marcos diferentes de interpretación, pero en ambos casos son culturas marcadas por los intentos de cambio y por diferentes formas de violencia.

En los inicios del siglo XXI en América Latina los gobiernos populistas apelan a narrativas anteriores para la construcción de los relatos nacionales que sientan sus bases en las experiencias revolucionarias del siglo XX. El término aparece indistintamente en propuestas o lemas de políticas de diversa índole, se resignifica, cristaliza y hasta se vacía de contenido. La Revolución no es un fenómeno homogéneo por más que las distintas experiencias hayan sucedido en tiempos y espacios similares. Ante la insistencia en el uso del concepto es fundamental revisar las particularidades de cada una de ellas, qué procesos, representaciones y prácticas subyacen en él. Valorar críticamente la situación actual supone volver la mirada a los eventos del pasado reciente de los que se consideran deudores.

Los dos números de *Telar* insisten en la heterogeneidad y particularidad de cada una de esas coyunturas. Cartografían el fenómeno en las distintas regiones y atraviesan diferentes temporalidades: desde la disputa fundacional de los años veinte hasta las resignificaciones que los relatos legitimadores de los gobiernos de las últimas décadas hacen del pasado. Si en el número anterior las lecturas asediaron la problemática en Cuba, México, El Salvador y Perú, en este se amplían algunas de ellas desde otras perspectivas y se incluyen dos nuevas modulaciones de revoluciones triunfantes: la sandinista en Nicaragua y la bolivariana en Venezuela. Sin desconocer la centralidad e influencia que tiene el caso cubano en los movimientos posteriores del continente proponemos un debate abierto y dinámico que tiene en cuenta la multiplicidad de las experiencias y las, también diversas, lecturas.

Las secciones de este número releen el ciclo de las revoluciones y su vínculo con la construcción de las naciones. Los debates retoman cuestiones centrales como la violencia y el poder; el lugar del intelectual en las dos instancias de lucha y gobierno; y la construcción del hombre nuevo, de los mitos que sustentan los imaginarios nacionales y del archivo.

Los procesos radicales de cambio conllevan el uso de la violencia y la opción por la lucha armada. Walter Benjamin distinguía entre dos formas: una conservadora y una fundadora de derechos, distinción válida para pensar estas experiencias. Sin duda, esta es una cuestión que atraviesa la sección POSICIONES. Jan Lust indaga la justificación del uso de la violencia revolucionaria por las organizaciones guerrilleras peruanas de las décadas del sesenta y ochenta desde las teorías de Lenin, Mao Tse Tung, Castro y el Che Guevara en diálogo con los documentos de las organizaciones político-militares de esos años. Eleonora Croquer Pedrón retoma los postulados benjaminianos para revisar las nuevas formas de violencia en la Venezuela contemporánea después de la muerte de Hugo Chávez que supone la caída del ideal. Asimismo, Irene Agudelo, en el homenaje al poeta Ernesto Cardenal hace hincapié en el retorno de la represión estatal en la Nicaragua actual y el rol central que la literatura, y la poesía en particular, vuelven a ocupar en la resistencia y denuncia de los abusos del poder, tal como lo habían hecho en el marco de la lucha sandinista.

Esta problemática y la necesaria revisión del concepto del hombre nuevo que realiza Ileana Rodríguez al postular la naturaleza transgénica del sujeto social femenino revolucionario son cuestiones centrales. Por ello, en esta sección, los profundos y minuciosos análisis exceden la longitud e incorporamos por única vez uno en inglés.

Todos y cada uno de los procesos revolucionarios precisan una leyenda de origen que los legitime. En la mayoría de los casos, encuentran las claves que cristalizan esos ideales en zonas de la historia de cada una de las naciones olvidadas u omitidas por los discursos oficiales de turno. Siguiendo la propuesta de Raymond Williams, algunos elementos residuales de las diferentes culturas emergen resignificados en el contexto de las luchas y los gobiernos revolucionarios. Tal es el caso de José Martí en Cuba, Emiliano Zapata en México, Augusto C. Sandino en Nicaragua, Farabundo Martí en El Salvador, entre otros. Los héroes históricos se vuelven mitos y encarnan la utopía que se persigue.

Es fundamental el papel que juegan los intelectuales y el arte en la construcción de estos imaginarios. Rol que adquiere diversos ribetes y entra en tensión según el momento de ese largo proyecto que implica un cambio radical. Rafael Rojas

menciona que existe una suerte de hechizo entre los políticos y los intelectuales en los primeros momentos de cualquier revolución. Hechizo que se rompe cuando se enfrentan las prioridades de cada uno. Sin duda, desde una posición es ineludible referir a la postura de Fidel Castro en sus “Palabras a los Intelectuales” y desde el otro a los múltiples artistas y escritores que defienden la necesaria autonomía ideológica y estética del arte frente al poder político. Como afirma Sergio Ramírez en el LUGAR DE AUTOR: “Un escritor fiel a un credo oficial, a un sistema, a un pensamiento único, no puede participar de esa aventura diversa, contradictoria, cambiante, que es la novela. Una novela es una conspiración permanente contra las verdades absolutas”.

Con el fin o la reformulación de las diversas propuestas revolucionarias, la responsabilidad de los intelectuales se traslada al campo de la memoria y se establece una nueva forma de lucha por la herencia simbólica del pasado. La pregunta que subyace aquí es cómo se inscriben la utopía y el desencanto y se construye el archivo entre el recuerdo y el olvido. Estas son las discusiones que atraviesan las otras secciones del número a partir de expresiones culturales diversas, entre las que cabe mencionar, la literatura, el cine y la educación y, también, desde marcos de interpretación y áreas del conocimiento múltiples.

Como ya lo afirmara Isabel Aráoz en el número anterior, los diferentes artículos de estos dos volúmenes adquieren una profunda polifonía que pretende seguir discutiendo la persistencia del sueño revolucionario en el continente. Batallas y disputas que aún no han concluido y debates ineludibles para pensar nuestra América Latina actual en la que el avance de proyectos políticos con una lógica capitalista extrema, violenta, del despojo, que avasalla y excluye, nos plantea la imperiosa necesidad de una mirada crítica y de una revisión de las causas y condiciones de la caída de las utopías. Quizás podamos junto a Ernesto Cardenal, nuestro poeta homenajeado, pensar la posibilidad de resistencia y de construcción de nuevas utopías. Me quedo con esa imagen y ese desafío tan presente en sus memorias *Las Ínsula Extrañas* (2003) donde Solentiname es América Latina y esa nueva generación, somos todos: “Tuvimos una revolución y la perdimos. Ahora hay una nueva generación en Solentiname [...] Y espero que vivirán una revolución con los mismos ideales de los mártires que están enterrados en el parque infantil de Solentiname” (247).